

GUERRA EN MEDIO ORIENTE

Ataque a Israel, el fracaso de la política exterior de Biden pesa mucho

INTERNACIONAL

23_10_2023



**Eugenio
Capozzi**



La visita del presidente estadounidense Joe Biden a Israel fue juzgada por la mayoría de los observadores como un gesto fuerte e inequívoco de solidaridad con el Estado judío - junto con el despliegue de unidades de la flota frente a las costas del Mediterráneo

oriental- en un momento tan delicado que vive tras la terrible masacre perpetrada por Hamás el 7 de octubre dentro de sus fronteras, y en los días de difícil represalia contra los fundamentalistas en la franja de Gaza. Y fue igualmente interpretado por muchos como un intento de evitar una escalada de violencia en la región, intentando moderar la reacción israelí para dejar márgenes abiertos para el diálogo y la negociación con el mundo árabe.

Pero, en realidad, debería leerse con razón, ante todo, como un intento de remediar, al menos parcialmente, una cadena de acontecimientos negativos para los intereses estadounidenses y occidentales desencadenados por la fallida estrategia de política exterior llevada a cabo por la propia administración Biden.

De hecho, a partir del año 2021, Biden ha demolido sistemáticamente, con resultados desastrosos, algunas líneas fundamentales de la política internacional promovida por su predecesor Donald Trump. En primer lugar, socavó el paciente entramado que Trump había logrado con los “Acuerdos de Abraham” (firmados en 2020 entre Israel, Emiratos Árabes Unidos y Bahréin) para acercar el Estado judío a los países más influyentes del Islam sunita, y sobre todo a Arabia Saudita, y promover así una estabilización general de la zona, aislando a agentes disruptivos y extremistas como Irán, Hezbolá y el propio Hamás.

Desde la campaña electoral, y luego una vez en el cargo, Biden ha mantenido una actitud abiertamente hostil hacia el régimen del príncipe Mohammed Bin Salman, justificándola con el asesinato del periodista saudí disidente Jamal Kashoggi, del que se sospechaba que Salman era responsable. Y, por el contrario, ha iniciado una política de diálogo con el régimen de los ayatolás iraníes, intentando reiniciar el proceso de negociación sobre el poder nuclear de Teherán, que Trump había detenido en 2018 al revocar el tratado que había sido negociado en 2015 por la administración de Obama.

Un retroceso que fortaleció a los iraníes, dándoles mayores márgenes de maniobra en el tablero de Oriente Medio (utilizado para reforzar sus vínculos con China y Rusia), y debilitando decisivamente a Israel. Y que culminó con la liberación de 6 mil millones de dólares de fondos iraníes congelados en Estados Unidos, pocos días antes de la masacre perpetrada por Hamás en los kibutzim israelíes, probablemente alentada, si no financiada, por el propio Teherán: con un clamoroso efecto bumerán sobre la credibilidad americana.

Mientras tanto, la administración Biden había actuado activamente contra sus propios intereses vitales y los de todo Occidente también en el frente ucraniano,

alimentando cada vez más las tensiones con Rusia, negándose a buscar una solución negociada compartida a la fractura abierta en 2014 y, tras La invasión rusa de febrero de 2022, el apoyo unilateral a Kiev, el tratamiento de Putin como un enemigo y el aislamiento total de Occidente: con el resultado del fortalecimiento de las relaciones entre Moscú y Beijing, de hacerle el juego a China, su principal antagonista global, en el plan geopolítico y coagular un frente compuesto antioccidental que también ha atraído a países anteriormente aliados o amigos.

En lo que se refiere específicamente al equilibrio en Oriente Medio, el choque frontal con Putin ha avergonzado enormemente a Israel, que ha consolidado relaciones económicas y políticas con Moscú y tiene interés en una gestión conjunta con los rusos de las zonas de crisis entre Siria y el Líbano. Ha provocado un acercamiento entre Arabia Saudita y Rusia, con una política coordinada de precios del petróleo, e incluso con Irán, su adversario por excelencia. Relegitimó el régimen sirio de Bashar al-Assad, el “feudo” de Moscú en Oriente Medio, readmitido en la Liga Árabe con la aprobación de los sauditas. Y, sobre todo, interrumpió el camino hacia la culminación de los Acuerdos de Abraham, con la esperada normalización de las relaciones diplomáticas entre israelíes y sauditas.

En resumen, un efecto dominó de desastres contraproducentes casi sin precedentes (completados por la creciente desestabilización del África subsahariana, desencadenada por China y Rusia), que creó el terreno ideal para quienes tenían interés en reavivar el conflicto árabe-israelí. Y que se concretó el pasado mes de agosto cuando, con motivo de la cumbre de los BRICS en Johannesburgo, se anunció la entrada conjunta en la organización, a partir de 2024, de Arabia Saudita e Irán, junto con los Emiratos y Egipto.

Al darse cuenta tardíamente de la peligrosa pendiente que había desencadenado, la administración Biden comenzó a intentar remediarla, al menos en parte, con un cambio de línea hacia Riad, que comenzó con la visita de Biden en el verano de 2022 y culminó en agosto pasado con la participación de Arabia Saudita, en el G20 en Nueva Delhi, en el memorando de entendimiento para el corredor infraestructural India-Oriente Medio-Europa denominado “Cotton Road”, para contrastarlo simbólicamente con el proyecto hegemónico chino de la “Nueva Ruta de la Seda”.

Pero ya la torta estaba hecha y la caja de Pandora al descubierto. El potencial eje entre Israel y los países árabes suníes deseado por Trump, que, una vez establecido, tal vez podría haber contado con la benévola neutralidad rusa, ya estaba en un callejón sin salida. Pero el ataque de Hamás y la inevitable reacción israelí, que polariza una vez más

el odio antijudío en las sociedades islámicas, lo condenan hoy a un aplazamiento indefinido, si no a un naufragio definitivo. Para deleite de los fundamentalistas y de los regímenes antioccidentales de todo el mundo. Y con la consecuencia de empujar a Europa y a Occidente de nuevo a la primera línea, no sólo en el frente ruso-ucraniano, sino también en el de los conflictos de Oriente Medio y de un más que probable, e incluso ya iniciado, resurgimiento del terrorismo islamista; favorecido por la bomba de tiempo de las grandes comunidades de inmigrantes islámicos “radicalizados” ya establecidos dentro de sus fronteras.